



La Santa Sede

V JORNADA MUNDIAL E LA JUVENTUD

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Plaza de San Pedro

Domingo de Ramos, 8 de abril de 1990

1. “¡Viva el Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!... Viva el Altísimo” (Mt 21, 9).

Hoy viene Jesús a Jerusalén. Y hoy es el día que la liturgia recuerda una semana antes de la Pascua.

Hoy es el día en el que *las multitudes rodean a Jesús. Entre la muchedumbre están los jóvenes. Este es en especial su día.* Este es vuestro día, queridísimos jóvenes —que estáis aquí en la plaza de San Pedro, y al mismo tiempo en tantos otros lugares de la tierra donde la Iglesia celebra la liturgia del Domingo de Ramos— como vuestra fiesta particular.

Este es vuestro día. *Como Obispo de Roma salgo junto con vosotros al encuentro de Cristo que viene.* “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”. Junto con vosotros aquí, y junto con todos vuestros coetáneos en todas las partes del mundo. Me uno espiritualmente también a aquellos casos en los que la fiesta de la juventud se celebra en otro día del año litúrgico.

¡He aquí que la gran muchedumbre se extiende *a través de las naciones y los continentes!* Esta muchedumbre está en torno a Cristo, mientras entra en Jerusalén, mientras va al encuentro de su “hora”. Mientras se acerca a su misterio pascual.

2. Jesús de Nazaret hizo *sólo una vez* su ingreso solemne en Jerusalén para la Pascua. Y sólo una vez se cumplió lo que los próximos días confirmarán. Pero, al mismo tiempo, *El permanece en esta su venida.* Y ha escrito en la historia de la humanidad, *una vez para siempre,* lo que

proclama san Pablo en la liturgia de hoy.

“A pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, *se rebajó* hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso *Dios lo levantó sobre todo*” (Flp 2, 6-9).

Jesucristo —el Hijo de Dios de la misma sustancia del Padre— se humilló como hombre..., se despojó de su rango, aceptando la muerte en la cruz, que, humanamente hablando, es el mayor oprobio.

En ese despojo Jesucristo fue exaltado por encima de todo. Dios mismo lo exaltó y *unió la exaltación del Hijo a la de la historia del hombre y del mundo*.

En Él la historia del hombre y del mundo tienen una medida divina. “Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 11).

3. Todos nosotros, que estamos aquí presentes en la plaza de San Pedro o en cualquier otro lugar de la tierra, nosotros que entramos con Cristo en Jerusalén, *profesamos, anunciamos y proclamamos* el misterio pascual de Cristo que perdura. Perdura en la Iglesia y, mediante la Iglesia, en la humanidad y en el mundo.

Profesamos, anunciamos y proclamamos *el misterio de esta humillación, que exalta, y de este despojo, que da la vida eterna*.

En este misterio —en el misterio pascual de Cristo— *Dios se ha revelado plenamente*. Dios que es amor.

Y en este misterio —en el misterio pascual de Cristo— *el hombre ha sido revelado plenamente*. Cristo ha revelado hasta el fondo el hombre al hombre, y le ha dado a conocer su altísima vocación (cf. *Gaudium et spes*, 22).

Efectivamente, *el hombre existe entre el límite de la humillación y del despojo a través de la muerte y el del insuprimible deseo de la exaltación, de la dignidad y de la gloria*.

Esa es *la medida del ser humano*. Esa es la dimensión de sus exigencias terrenas. Ese es el sentido de su irrenunciable dignidad y el fundamento de todos sus derechos.

En el misterio pascual *Cristo entra en esta medida* del ser humano. Abraza toda esta dimensión de la existencia humana. La toma toda en sí. La confirma. Y al mismo tiempo la supera.

Cuando entra en Jerusalén, El va al encuentro del propio *sufrimiento* —y al mismo tiempo, va al encuentro del sufrimiento de todos los hombres— para revelar no tanto la miseria de ese sufrimiento cuanto más bien su poder redentor.

Cuando entra en Jerusalén, El va al encuentro *de la exaltación* que, en El, el Padre ofrece a todos los hombres. “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (*Jn* 11, 25).

4. Así, pues, entramos con Cristo, en Jerusalén. “Bendito el que viene en nombre del Señor”.

Caminando junto con El, somos la Iglesia que habla con las lenguas de tantos pueblos, naciones, culturas y generaciones. En efecto, ella anuncia en todas las lenguas el mismo misterio de Jesucristo: el misterio pascual. En este misterio se encierra de modo especial la medida del hombre. En este misterio *la medida del hombre resulta penetrada por el poder divino*, por el poder más grande *que es el amor*.

Todos llevamos en nosotros a Cristo, que es “la vid” (cf. *Jn* 15, 5), de la que germina la historia del hombre y del mundo. A Cristo, que es la perenne levadura de la nueva vida en Dios...

Bendito el que viene...

¡Hosanna!

* * *

Anuncio a los jóvenes reunidos en la plaza de San Pedro

Sigue todavía vivo en todos nosotros el recuerdo del gran encuentro en Santiago de Compostela el verano pasado y, mientras hoy se celebra la V Jornada mundial de la Juventud en todas las diócesis del mundo, nuestros ojos miran ya a la próxima etapa de esta peregrinación espiritual hacia el tercer milenio. Por tanto, invito a vosotros, jóvenes de todos los continentes, a reunirnos todos juntos, en agosto del año 1991, en el santuario de la Virgen de Czestochowa, que desde hace más de 600 años constituye el corazón de la historia del pueblo polaco, para celebrar juntos la VI Jornada mundial de la Juventud.

El tema para este encuentro lo constituirán las palabras de san Pablo a los Romanos: "Recibisteis un espíritu de hijos" (*Rm* 8, 15).

En la época que estamos viviendo, marcada por profundos cambios sociales, este espíritu de hijos de Dios constituye el verdadero elemento propulsor de la historia de los pueblos y de la vida de las personas, porque revela las raíces profundas de la dignidad del hombre y la grandeza de

su vocación.

¡Que os enseñe María a vivir como verdaderos hijos de Dios Padre!

* * *

Saludos al final de la Misa

A los numerosos jóvenes de España y América Latina deseo agradecer su ferviente presencia en esta V Jornada mundial de la Juventud. Como recuerdo de este encuentro, llevad a vuestras familias y a vuestros coetáneos el afectuoso saludo del Papa. Decid sobre todo a los alejados o indiferentes que Cristo, en quien está injertada la nueva humanidad, les invita a seguirlo; El siempre está presente en el camino de la vida.

De corazón os imparto la bendición apostólica, que extendiendo complacido a vuestros seres queridos y a todos vuestros compañeros.

Un saludo muy cordial a todos los jóvenes de lengua alemana que han venido a Roma con ocasión de la Jornada mundial de la Juventud. Un saludo particular a los numerosos peregrinos alemanes que se encuentran estos días en la Ciudad Eterna. Que la participación espiritual en la Semana Santa y en la resurrección de nuestro Señor os dé esperanza para la verdadera vida aquí y en la eternidad. ¡Os imparto mi bendición deseándoos una bendita Pascua, llena de gracia!

Queridos jóvenes de lengua francesa, os saludo muy cordialmente. Cada uno de vosotros puede y debe tener su lugar en la Iglesia. Cada uno de vosotros recibe de Dios su vida y puede corresponderle entregándose a El. ¡Que el Señor os acompañe en vuestro camino!

Doy una cordial bienvenida a todos los jóvenes del mundo que se han reunido en Roma para celebrar la Jornada mundial de la Juventud con el Papa. Queridos amigos: os animo a seguir el camino del Señor Jesús con alegría y a compartir su amistad con todos los que os encontráis. ¡Que Dios os bendiga a vosotros y a vuestras familias y os mantenga siempre unidos a El!

Saludo cordialmente a los jóvenes de lengua portuguesa: ¡Os deseo todo bien! Que la venida a Roma os proporcione gran alegría y os haga crecer en la fe, conscientes de vuestra importante misión en la Iglesia. Que cada uno se convierta en mensaje vivo para sus coetáneos y familiares de la satisfacción de ser Iglesia, en la amistad con Cristo, que es la Vida. Con mi bendición.

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”.

Repito estas palabras a todos los jóvenes aquí presentes y a todos los jóvenes polacos que me escuchan a través de la radio y la televisión.

Al concluir esta solemne ceremonia, deseo dirigir a todos los jóvenes de lengua italiana, sobre todo a los de mi diócesis de Roma, un saludo especialmente afectuoso.

Queridos jóvenes, os doy las gracias por vuestra participación, aquí en la plaza de San Pedro, en la V Jornada mundial de la Juventud y os manifiesto mi aprecio por vuestro vivo testimonio de fe. Os digo: estad unidos a Cristo como los sarmientos a la vid. Sólo así daréis frutos abundantes para la expansión del Reino de Dios y para la edificación de un mundo nuevo.